

POR SU DOLOROSA PASIÓN,
TEN MISERICORDIA
DE NOSOTROS
Y DEL MUNDO ENTERO



Edita:

Orden de Hijas de María
Nuestra Señora

Domicilio Social:

C/ Sto. Domingo, 21
45600 Talavera de la Reina (Toledo)
Teléf. 925 80 03 33
E-mail: onstalavera@colegiosons.es

Imprime: Cop&Arte

Depósito Legal: TO/1076 - 1.999

Si deseas colaborar con esta revista,
puedes dar tu donativo al siguiente
número de cuenta:

BANCO SANTANDER
Cta.
ES4500750216520600823463

Todos los meses se celebra una
Misa por las intenciones de los
suscriptores y lectores de EL
TALLER DEL ORFEBRE,
así como por todos nuestros
difuntos.

Editorial	3
Cartas al Director	4
Viacrucis elaborado por el Papa Francisco	5-15
Especial Congregaciones Marianas	
El jesuita Juan de Leunis	16-19
Congregación Mariana de la Inmaculada, en Talavera de la Reina	20
Congregación Mariana de la Inmaculada, en Valdemoro	21
Congregación Mariana de la Asunción de Nuestra Señora y de San Pedro Canisio, en Valencia	22-23
Congregación Mariana de la Asunción y San Fructuoso, en Madrid	24
Congregación Mariana del Mater Salvatoris, en Lérida ..	25
Congregación Mariana de la Inmaculada, San Francisco Javier y San Juan Pablo II, en Madrid	26
Congregación Mariana Purísimo Corazón de María, en Madrid	27
Congregación Mariana de Santa María de la Esperanza y San Juan de Ávila, en Móstoles.....	28
Los hermanos Llorente: Segundo y Amando	30-33
San José, modelo del trato con Jesucristo Sacerdote	34
San Juan Pablo II	35

Susíbete a la revista

9 números por curso escolar
(octubre-junio)



Nombre y apellidos: _____

Dirección para enviar la revista _____

Correo electrónico: _____

Cuenta para la domiciliación bancaria:

IBAN

Suscripción ordinaria (sin gastos de envío): 31,50 €

Suscripción ordinaria (con gastos de envío): España 45 €/Europa 54 €/Fuera de Europa 61 €

Suscripción de bienhechor: 50 €

Manda tu boletín de suscripción a: revistaeltallerdelorfebre@gmail.com o por correo postal a c/Santo Domingo, 21 -45600 Talavera de la Reina (Toledo)



Las **Congregaciones Marianas** fueron fundadas en el siglo XVI por el jesuita Juan de Leunís y son asociaciones de fieles de **espiritualidad ignaciana**. Vinculadas normalmente a la Compañía de Jesús o a otras realidades que participan del mismo carisma, como la Orden de Hijas de María Nuestra Señora, incluyen en su Regla de vida la realización de los Ejercicios Espirituales una vez al año. **De los Ejercicios de san Ignacio brota su identidad**, de modo que el congregante es alguien que sabe que ha sido creado para alabar, reverenciar y servir a Dios nuestro Señor, que busca en todo la mayor gloria de Dios, a imitación de Nuestra Señora y que procura ser contemplativo en la acción para encontrar a Dios en todas las cosas.

Por eso hemos sentido que el Santo Padre Francisco se dirigía muy especialmente a nosotros cuando en su reciente **encíclica “Dilexit nos”** recordó que la Compañía de Jesús, y con ella todos los que reconocemos la paternidad espiritual de san Ignacio de Loyola, tiene una **obligación especial de vivir la devoción al Corazón de Jesús**. Recordaba el Papa que “en 1883 los jesuitas declararon que la Compañía de Jesús acepta y recibe con un espíritu desbordante de gozo y de gratitud la suavísima carga que le ha confiado nuestro Señor Jesucristo de practicar, promover y

propagar la devoción a su divinísimo Corazón” (*Dilexit nos*, nº146). Y traía también las palabras que el padre Pedro Arrupe, Preósito General de la Compañía de 1965 hasta 1983, dirigió a los jesuitas: “Quiero decir a la Compañía algo que juzgo no debo callar. Desde mi noviciado siempre he estado convencido de que en la llamada “devoción al Sagrado Corazón” está encerrada una expresión simbólica de lo más profundo del espíritu ignaciano y una extraordinaria eficacia *–ultra quam speraverint–* tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica. Este convencimiento lo poseo aún.” (*Dilexit nos*, nº 146)

Desde El Taller del Orfebre queremos agradecer al Papa este llamamiento y acogerlo con todo empeño, para **que la vida de cada congregante sea para amar y hacer amar al Sagrado Corazón de Jesús**, desde un diálogo personal de corazón a Corazón con el Señor, a quien queremos contemplar “con mucho afecto”, como nos invita a hacer san Ignacio, para alcanzar el “conocimiento interno de Cristo para más amarle y seguirle”. En la fidelidad a esta llamada está la fecundidad de nuestras Congregaciones y de nuestras vidas, más allá de lo que podríamos esperar.

En este tiempo de Cuaresma, entreguemos de nuevo nuestro corazón a quien nos ha abierto de par en par su Corazón.

CON CORAZÓN DE PADRE.

Ahora que estamos en el mes de san José me encantaría recomendar a todos los lectores de la revista el documental “Con Corazón de Padre”. Es un precioso testimonio de que san José obra increíbles milagros en las vidas de aquellos que se acogen a él. Aparecen muchos templos dedicados a san José, como la Sagrada Familia de Barcelona, el santuario de San José de la montaña, el monasterio de San José de Cotignac en Francia... Se reflejan hermosas tradiciones para implorar gracias por intercesión del esposo de la Virgen. Por ejemplo, en el santuario de San José de la Montaña es costumbre escribir todas las intenciones que se quieren encomendar al Santo, se colocan en una urna y el día de san José se queman subiendo al Cielo, hasta su trono, nuestros ruegos. En Cotignac cada año se organizan peregrinaciones al santuario y hay verdaderos milagros de curaciones y conversiones. También acuden muchos matrimonios que desean tener un hijo y se ven imposibilitados, porque confían en que el santo se lo concederá, como ha sucedido en muchos casos. En fin, os recomiendo que lo veáis porque ensancha el corazón y aumenta el amor hacia el más grande de todos los santos, nuestro padre san José.

Teresa Mingo García
Madrid

REZAMOS POR TI, SANTO PADRE

Desde el ingreso del Santo Padre el pasado 14 de febrero, toda la Iglesia está en actitud orante por su Pastor. Son miles los peregrinos que acuden cada día a la plaza de San Pedro a implorar por su salud. Pero no solo en Roma. En las parroquias de nuestras ciudades surgen muchas iniciativas y todas ellas brotan de corazones agradecidos que le aman con amor filial, que desean consolarle y confortarle en estos momentos de dolor. Él siempre ha rezado por su pueblo, ha intentado cuidar y guiar lo mejor posible a su rebaño, se ha preocupado, desvelado... ha buscado siempre a los pobres, a los vulnerables, a los que no tienen voz. Ahora el Santo Padre sufre y somos nosotros, su rebaño, los que debemos cuidar a nuestro Pastor en su enfermedad, en su debilidad, en su sufrimiento. Santo Padre, te necesitamos mucho, tu pueblo te necesita para seguir caminando recto hacia Cristo en este mundo lleno de tinieblas. Tú eres una luz para nosotros. No dejes de guiarnos e iluminarnos. También tu enfermedad es una luz para nosotros, una esperanza de que se puede ser fiel hasta el final; un testimonio de que los cristianos somos lámparas encendidas puestas en el candelero de la cruz. Allí, en nuestras cruces nos unimos a Cristo, nos unimos a ti, Santo Padre. Tu Iglesia te quiere, te necesita y reza por ti.

Leticia Castro Rodríguez
Talavera de la Reina

"Por eso aunque sea legítimo el acceso directo a Cristo, los congregantes marianos creen interpretar fielmente el pensamiento de Cristo al ir a Él por medio de María y por eso la hacen a Ella centro especial de su culto, de un amor; su acceso a la congregación significa una ratificación expresa de su consagración a Ella como Reina, como Madre, como La Mediadora".

San Alberto Hurtado



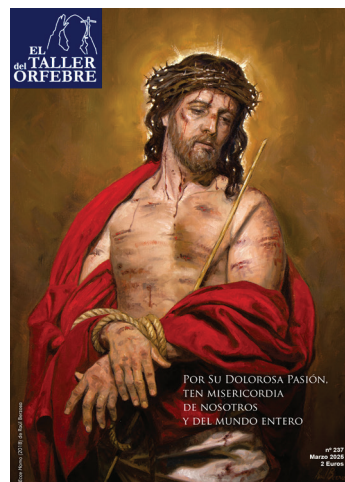
Las cartas dirigidas a esta sección pueden hacerlas llegar con su nombre, apellidos y dirección a:

EL TALLER DEL ORFEBRE
C/ Santo Domingo, 21 - 45600 TALAVERA - Fax 925 81 75 04

INTENCIONES DEL PAPA APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

MARZO 2025

Oremos para que las familias divididas encuentren en el perdón la curación de sus heridas, redescubriendo incluso en sus diferencias las riquezas de cada uno.



EN ORACIÓN CON JESÚS EN EL CAMINO DE LA CRUZ

El 29 de marzo de 2024 miles de personas rezaron en el Coliseo de Roma el Via Crucis **compuesto por el papa Francisco**, a pesar de su extensión hemos querido publicarlo en homenaje de veneración y amor a nuestro Santo Padre. El tema de las 14 estaciones fue *En oración con Jesús en el camino de la cruz*. El vía crucis concluyó con catorce invocaciones al nombre de Jesús.



INTRODUCCIÓN

Señor Jesús, al mirar tu cruz comprendemos tu entrega total por nosotros. Te consagramos y ofrecemos este tiempo. Queremos pasarlo junto a ti, que rezaste desde el Getsemaní hasta el Calvario. En el Año de la oración nos unimos a tu camino orante.

Del evangelio según san Marcos (14,32-37)

Llegaron a una propiedad llamada Getsemaní [...]. Después llevó con él a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y a angustiarse. Entonces les dijo “[...] Quédense aquí velando”. Y adelantándose un poco, se postró en tierra y decía: “Abba –Padre– todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Después volvió y encontró a sus discípulos dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: “[...] ¿No has podido quedarte despierto ni siquiera una hora?”.

Señor, tú preparabas con la oración cada una de tus jornadas, y ahora en Getsemaní preparas la Pascua. Y orabas diciendo *Abba –Padre– todo te es posible*, porque la oración es ante todo diálogo e intimidad, pero es también lucha y petición: *¡aleja de mí este cáliz!* Así mismo, es entrega confiada y don: *Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Así, orante, entraste por la puerta estrecha de

nuestro dolor y la atravesaste hasta el final. Tuviste "temor y angustia" (Mc 14,33): temor frente a la muerte, angustia bajo el peso de nuestros pecados, que cargaste sobre ti, mientras te invadía una amargura infinita. Sin embargo, en lo más duro de la lucha oraste "más intensamente" (Lc 22,44). De esta manera, transformaste la violencia del dolor en ofrenda de amor.

Nos pides una sola cosa: *quedarnos contigo y velar*. No nos pides lo imposible, sino que permanezcamos cerca de ti. Y, sin embargo, ¡cuántas veces me he alejado de ti! Cuántas veces, como los discípulos, en lugar de velar, me dormí, cuántas veces no tuve tiempo o ganas de rezar, porque estaba cansado, anestesiado por la comodidad o con el alma adormecida. Jesús, vuelve a repetirme a mí, vuelve a repetirme a nosotros, que somos tu Iglesia: "Levántense y oren" (Lc 22,46). Despiértanos, Señor, sacude el letargo de nuestros corazones, porque también hoy, sobre todo hoy, necesitas nuestra oración.



1. JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

El Sumo Sacerdote, poniéndose de pie ante la asamblea, interrogó a Jesús: "¿No respondes nada a lo que estos atestiguan contra ti?". El permanecía en silencio y no respondía nada. [...] Pilato lo interrogó nuevamente: "¿No respondes nada? ¡Mira de todo lo que te acusan!". Pero Jesús ya no respondió a nada más, y esto dejó muy admirado a Pilato (Mc 14,60-61;15,4-5).

Jesús, tú eres la vida, pero te condenan a muerte; eres la verdad y sin embargo eres víctima de un falso proceso. Pero, ¿por qué no te rebelas? ¿Por qué no levantas la voz y explicas cuáles son tus propias razones? ¿Por qué no rebates a los sabios y a los poderosos como siempre lo has hecho? Jesús, tu actitud desconcierta; en el momento decisivo no hablas, sino callas. Porque cuanto más fuerte es el mal, más radical es tu respuesta. Y tu respuesta es el silencio. Pero tu silencio es fecundo: es oración, es mansedumbre, es perdón, es la vía para redimir el mal, para convertir tus sufrimientos en un don que nos ofreces. Jesús, me doy cuenta de que apenas te conozco porque conozco poco tu silencio, porque en el frenesí de las prisas y del hacer, absorbido por las cosas, atrapado por el miedo de no mantenerme a flote o por el afán de querer ponerme siempre en el centro, no encuentro tiempo para detenerme y quedarme contigo; para permitirte a ti, Palabra del Padre, obrar en silencio. Jesús, tu silencio me estremece, me enseña que la oración no nace de los labios que se mueven, sino de un corazón que sabe escuchar. Porque rezar es hacerse dócil a tu Palabra, es adorar tu presencia.

Oremos diciendo: *Háblame al corazón, Jesús*

Tú que respondes al mal con el bien
 Tú que apagas los gritos con la mansedumbre
 Tú que detestas la murmuración y los reproches
 Tú que me conoces íntimamente
 Tú que me amas más de cuanto yo pueda amarme

Háblame al corazón, Jesús
 Háblame al corazón, Jesús
 Háblame al corazón, Jesús
 Háblame al corazón, Jesús
 Háblame al corazón, Jesús

2. JESÚS CARGA LA CRUZ

Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados (1 P 2,24).

Jesús, nosotros también cargamos nuestras cruces, a veces muy pesadas: una enfermedad, un accidente, la muerte de un ser querido, una decepción amorosa, un hijo que se perdió, la falta de trabajo, una herida interior que no cicatriza, el fracaso de un proyecto, una esperanza más que se malogra... Jesús, ¿cómo rezar ahí? ¿Cómo hacerlo cuando me siento aplastado por la vida, cuando un peso oprime mi corazón, cuando estoy bajo presión y ya no tengo fuerzas para reaccionar? Tu respuesta se encuentra en una invitación: "Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré" (Mt 11,28). Ir a ti; yo, en

cambio, me encierro en mí mismo, rumiando mentalmente, escarbando en el pasado, quejándome, hundiéndome en el victimismo, paladín de negatividad. *Vengan a mí*; no te ha parecido suficiente decírnoslo, sino que has venido a nosotros para tomar nuestra cruz sobre tus hombros, y quitarnos su peso. Esto es lo que deseas: que descarguemos en ti nuestros cansancios y sinsabores, porque quieres que en ti nos sintamos libres y amados. Gracias, Jesús. Uno mi cruz a la tuya, te traigo mi fatiga y mis miserias, pongo en ti todo el agobio que tengo en mi corazón.

Oremos diciendo: *Acudo a ti, Señor*

Con mi historia personal	Acudo a ti, Señor
Con mis cansancios	Acudo a ti, Señor
Con mis límites y mis fragilidades	Acudo a ti, Señor
Con mis miedos	Acudo a ti, Señor
Confianto sólo en tu amor	Acudo a ti, Señor

3. JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Os aseguro que, si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12,24).

Jesús, has caído. ¿En qué piensas?, ¿cómo rezas postrado rostro en tierra? Pero, sobre todo, ¿qué es lo que te da fuerzas para volver a levantarte? Mientras estás boca abajo en el suelo y ya no puedes ver el cielo, te imagino repitiendo en tu corazón: *Padre, que estás en los cielos*. La mirada amorosa del Padre posada en ti es tu fuerza. Pero imagino también que, mientras besas la tierra árida y fría, piensas en el hombre, sacado de la tierra, piensas en nosotros, que estamos en el centro de tu corazón; y que repites las palabras de tu testamento: *"Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes"* (Lc 22,19). El amor del Padre por ti y el tuyo por nosotros: el amor, ese es el estímulo que te hace levantarte y seguir adelante. Porque el que ama no se queda derrumbado, sino que vuelve a empezar; el que ama no se cansa, sino que corre; el que ama vuela. Jesús mío, siempre te pido muchas cosas, pero necesito sólo una: saber amar. Caeré en la vida, pero con amor podré volver a levantarme y seguir adelante, como hiciste tú, que tienes experiencia en las caídas. Tu vida, en efecto, ha sido una caída continua hacia nosotros: de Dios a hombre, de hombre a siervo, de siervo a crucificado, hasta el sepulcro; caíste en la tierra como semilla que muere, caíste para levantarnos de la tierra y llevarnos al cielo. Tú que levantas del polvo y reavivas la esperanza, dame la fuerza para amar y volver a empezar.

Oremos diciendo: *Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar*

Cuando prevalece la desilusión	Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar
Cuando el juicio de los demás se abate sobre mí	Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar
Cuando las cosas no van bien y me vuelvo intolerante	Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar
Cuando siento que ya no puedo más	Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar
Cuando me oprime el pensamiento de que nada cambiará	Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

4. JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús [...] dijo al discípulo: "Aquí tienes a tu madre". Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,26-27).

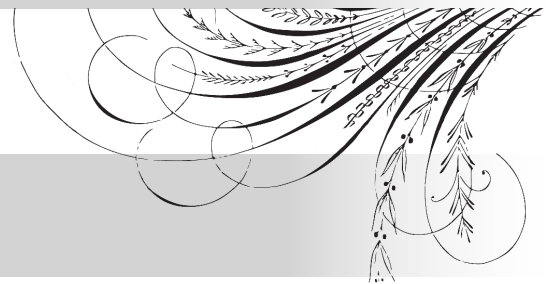
Jesús, los tuyos te han abandonado; Judas te ha traicionado, Pedro te ha negado. Te has quedado solo con la cruz, pero ahí está tu madre. No hacen falta palabras, son suficientes sus ojos que saben mirar de frente al sufrimiento y asumirlo. Jesús, en la mirada de María, llena de lágrimas y de luz, encuentras el grato recuerdo de su ternura, de sus caricias, de sus brazos amorosos que siempre te han acogido y sostenido. La mirada de la propia madre es la mirada de la memoria, que nos cimienta en el bien. No podemos prescindir de una madre que nos dé a luz, pero tampoco de una madre que nos encarrile en el mundo. Tú lo sabes y desde la cruz nos entregas a tu

propia madre. *Aquí tienes a tu madre*, dices al discípulo, a cada uno de nosotros. Después de la Eucaristía, nos das a María, tu último don antes de morir. Jesús, tu camino fue consolado por el recuerdo de su amor; también mi camino necesita cimentarse en la memoria del bien. Sin embargo, me doy cuenta de que mi oración es pobre en memoria: es rápida, apresurada; con una lista de necesidades para hoy y mañana. María, detén mi carrera, ayúdame a hacer memoria: a custodiar la gracia, a recordar el perdón y las maravillas de Dios, a reavivar el primer amor, a saborear de nuevo las maravillas de la providencia, a llorar de gratitud.

Oremos diciendo: *Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor*

Quando vuelven a aparecer las heridas del pasado
 Cuando pierdo el sentido y el rumbo de las cosas
 Cuando pierdo de vista los dones que he recibido
 Cuando pierdo de vista el don de mi propio ser
 Cuando me olvido de agradecerte

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor
 Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor
 Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor
 Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor
 Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor



5. JESÚS ES AYUDADO POR EL CIRINEO

Quando [los soldados] lo llevaban, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús (Lc 23,26).

Jesús, cuántas veces, frente a los retos de la vida, presumimos de lograr hacer todo sólo con nuestras propias fuerzas. ¡Qué difícil nos resulta pedir ayuda, ya sea por miedo a dar la impresión de que no estamos a la altura de las circunstancias, o porque siempre nos preocupamos por quedar bien y lucirnos! No es fácil confiar, y menos aún abandonarse. En cambio, quien reza es porque está necesitado, y tú, Jesús, estás acostumbrado a abandonarte en la oración. Por eso no desdeñas la ayuda del Cirineo. Le muestras tus fragilidades a un hombre sencillo, a un campesino que vuelve del campo. Gracias porque, al

dejarte ayudar en tu necesidad, borras la imagen de un dios invulnerable y lejano. Tú no te muestras imbatible en el poder, sino invencible en el amor, y nos enseñas que amar significa socorrer a los demás precisamente allí, en las debilidades de las que se avergüenzan. De este modo, las fragilidades se transforman en oportunidades. Fue lo que le sucedió a Cirineo: tu debilidad cambió su vida y un día se daría cuenta de que había ayudado a su Salvador, de que había sido redimido por medio de esa cruz que cargó. Para que mi vida también cambie, te ruego, Jesús: ayúdame a bajar mis defensas y a dejarme amar por ti; justo ahí, donde más me avergüenzo de mí mismo.

Oremos diciendo: *Sáname, Jesús*

De toda presunción de autosuficiencia	Sáname, Jesús
De creer que puedo prescindir de ti y de los demás	Sáname, Jesús
Del afán de perfeccionismo	Sáname, Jesús
De la reticencia a entregarte mis miserias	Sáname, Jesús
De la prisa mostrada ante los necesitados que encuentro en mi camino	Sáname, Jesús

6. JESÚS RECIBE EL CONSUELO DE LA VERÓNICA QUE LE ENJUGA EL ROSTRO

Bendito sea Dios [...] Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo [...]. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo (2 Co 1,3-5).

Jesús, son tantos los que asisten al bárbaro espectáculo de tu ejecución y, sin conocerte y sin saber la verdad, emiten juicios y condenas, arrojando sobre ti infamia y desprecio. Sucede también hoy, Señor, y ni siquiera es necesario un cortejo macabro; basta un teclado para insultar y publicar condenas. Pero mientras tantos gritan y juzgan, una mujer se abre paso entre la multitud. No habla, actúa. No protesta, se compadece. Va contra la corriente, sola, con la valentía de la compasión; se arriesga por amor, encuentra la manera de pasar entre los soldados sólo para brindarte el consuelo de una caricia en el rostro. Su gesto pasará a la historia y como un gesto de consuelo. ¡Cuántas veces habré invocado tu consuelo, Jesús! Y ahora la Verónica me recuerda que tú también lo necesitas. Tú, Dios cercano, pides mi cercanía; tú, consolador mío, quieres ser consolado por mí. Amor no amado, buscas aún hoy entre la multitud corazones sensibles a tu sufrimiento, a tu dolor. Buscas *verdaderos adoradores*, que en espíritu y en verdad (cf. *Jn 4,23*) permanezcan contigo (cf. *Jn 15*), Amor abandonado. Jesús, enciende en mí el deseo de estar contigo, de adorarte y consolarte. Y haz que yo, en tu nombre, sea consuelo para los demás.

Oremos diciendo: *Hazme testigo de tu consuelo*

Dios de misericordia, que te haces cercano a quien tiene el corazón herido

Dios de ternura, que te conmueves por nosotros

Dios de compasión, que detestas la indiferencia

Tú, que te entristeces cuando señalo con el dedo a los demás

Tú, que no has venido a condenar sino a salvar

Hazme testigo de tu consuelo

Hazme testigo de tu consuelo

Hazme testigo de tu consuelo

Hazme testigo de tu consuelo

Hazme testigo de tu consuelo



7. JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ BAJO EL PESO DE LA CRUZ

[El hijo menor] recapitó y dijo: Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé" [...]. Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre, pequé [...]; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo: [...] "mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado" (Lc 15,17-18.20-22.24).

Jesús, la cruz pesa mucho; lleva en sí el peso de la derrota, del fracaso, de la humillación. Lo comprendo cuando me siento aplastado por las cosas, acosado por la vida e incomprendido por los demás; cuando siento el peso excesivo y exasperante de la responsabilidad y del trabajo, cuando me siento oprimido en las garras de la ansiedad, asaltado por la melancolía, mientras un pensamiento asfixiante me repite: no saldrás adelante, esta vez no te levantarás. Pero las cosas empeoran aún más. Me doy cuenta de que toco fondo cuando vuelvo a caer,

cuando recaigo en mis errores, en mis pecados, cuando me escandalizo de los demás y luego me doy cuenta de que yo no soy distinto de ellos. No hay nada peor que sentirse decepcionado de sí mismo, aplastado por los sentimientos de culpa. Pero tú, Jesús, caíste muchas veces bajo el peso de la cruz para estar a mi lado cuando yo caigo. Contigo la esperanza nunca se acaba, y después de cada caída nos volvemos a levantar, porque cuando me equivoco no te cansas de mí, sino que te acercas más a mí. Gracias porque me esperas; gracias, pues, aunque caiga muchas veces me perdonas siempre, siempre. Recuérdame que las caídas se pueden convertir en momentos cruciales del camino, porque me llevan a comprender que lo único que importa es que te necesito. Jesús, imprime en mi corazón la certeza más importante: que vuelvo a levantarme de verdad sólo cuando me levantas tú, cuando me liberas del pecado. Porque la vida no vuelve a empezar con mis palabras, sino con tu perdón.

Oremos diciendo: *Levántame, Jesús*

Cuando, paralizado por la desconfianza, siento tristeza y desesperación

Levántame, Jesús

Cuando veo mi incapacidad y me siento inútil

Levántame, Jesús

Cuando prevalecen la vergüenza y el miedo al fracaso

Levántame, Jesús

Cuando tengo la tentación de perder la esperanza

Levántame, Jesús

Cuando olvido que mi fortaleza está en tu perdón

Levántame, Jesús

8. JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él (Lc 23,27).

Jesús, ¿quién te acompaña hasta el final en tu camino de la cruz? No son los poderosos, que te esperan en el Calvario, ni los espectadores que se quedan lejos, sino la gente sencilla, grande a tus ojos, pero pequeña a los del mundo. Son esas mujeres, a las que has dado esperanza; que no tienen voz, pero se hacen oír. Ayúdanos a reconocer la grandeza de las mujeres, las que en Pascua te fueron fieles y no te abandonaron, las que aún hoy siguen siendo descartadas, sufriendo ultrajes y violencia. Jesús, las mujeres que encuentras se golpean el pecho y se lamentan por ti. No lloran por ellas, sino que lloran por ti, lloran

por el mal y el pecado del mundo. Su oración hecha de lágrimas llega a tu corazón. ¿Acaso mi oración sabe llorar? ¿Me conmueve ante ti, crucificado por mí, ante tu amor bondadoso y herido? ¿Lloro por mis falsedades y mi inconstancia? Ante las tragedias del mundo, ¿mi corazón permanece frío o se conmueve? ¿Cómo reacciono ante la locura de la guerra, ante los rostros de los niños que ya no saben sonreír, ante sus madres que los ven desnutridos y hambrientos sin tener siquiera más lágrimas que derramar? Tú, Jesús, has llorado por Jerusalén, has llorado por la dureza de nuestros corazones. Sacúdeme por dentro, dame la gracia de llorar rezando y de rezar llorando.

Oremos diciendo: *Jesús, ablanda mi corazón endurecido*

Tú que conoces los secretos del corazón

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que te entristeces ante la dureza de los ánimos

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que amas los corazones contritos y humillados

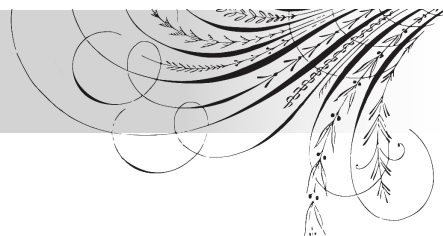
Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que enjugaste con el perdón las lágrimas de Pedro

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que transformas el llanto en canto

Jesús, ablanda mi corazón endurecido



9. JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

"Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?" [...]. Les responderá: "Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo" (Mt 25,37-40).

Jesús, estas son las palabras que dijiste antes de la Pasión. Ahora comprendo esa insistencia tuya en identificarte con los necesitados: tú, encarcelado; tú, extranjero, conducido fuera de la ciudad para ser crucificado; tú, desnudo, despojado de tus vestidos; tú, enfermo y herido; tú, sediento en la cruz y hambriento de amor. Concédeme que pueda verte en los que sufren y que a los que sufren los pueda ver en ti, porque tú estás ahí, en quien está despojado de dignidad, en los cristos humillados por la prepotencia y la

injusticia, por las ganancias injustas obtenidas a costa de los demás y ante la indiferencia general. Te miro, Jesús, despojado de tus vestiduras, y comprendo que me invitas a despojarme de tantas exterioridades vacías. Porque tú no miras las apariencias, sino el corazón. Y no quieres una oración estéril, sino fecunda en caridad. Dios despojado, ponme al descubierto también a mí. Porque es fácil hablar, pero luego, ¿te amo yo de verdad en los pobres, en tu carne herida? ¿Rezo por los que han sido despojados de dignidad? ¿O rezo sólo para cubrir mis propias necesidades y revestirme de seguridad? Jesús, tu verdad me deja al descubierto y me lleva a ocuparme de lo que importa: tú crucificado, y los hermanos crucificados. Concédeme que lo comprenda ahora, para que no me encuentre falto de amor cuando deba presentarme ante ti.

Oremos diciendo: *Despójame, Señor Jesús*

Del apego a las apariencias

De la armadura de la indiferencia

Del creer que yo no tenga que socorrer a los demás

De un culto hecho de convencionalismo y exterioridad

De la convicción de que en la vida todo está bien si yo estoy bien

Despójame, Señor Jesús

Despójame, Señor Jesús

Despójame, Señor Jesús

Despójame, Señor Jesús

Despójame, Señor Jesús



10. JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Cuando llegaron al lugar llamado "del Cráneo", lo crucificaron junto con los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,33-34).

Jesús, te perforan las manos y los pies con clavos, lacerando tu carne, y justo ahora, mientras el dolor físico se hace más insoportable, brota de tus labios la oración imposible, perdonas al que te está hundiendo los clavos en las muñecas. Y no sólo una vez, sino muchas veces, como recuerda el Evangelio, con ese verbo que indica una acción repetida, *decías* "Padre, perdona". Por eso, contigo, Jesús, también yo puedo encontrar el valor de elegir el perdón que libera el corazón y relanza la vida. Señor, no te basta con perdonarnos, sino también nos justificas ante el Padre: *no saben lo que hacen*. Toma nuestra defensa, hazte nuestro abogado, intercede por nosotros. Ahora que tus manos,

Por la dolorosa pasión de Jesús
 Por el poder de sus llagas
 Por su perdón en la cruz
 Por cuantos perdonan por amor a ti
 Por la intercesión de los que creen, adoran, esperan y te aman

con las que bendecías y curabas, están clavadas, y tus pies, con los que traías la buena nueva, ya no pueden caminar, ahora, en la impotencia, nos revelas la omnipotencia de la oración. En la cumbre del Gólgota nos revelas la altura de la oración de intercesión que salva al mundo. Jesús, que yo no rece sólo por mí y por mis seres queridos, sino también por los que no me quieren y me hacen daño; que yo rece según los deseos de tu corazón, por los que están lejos de ti; reparando e intercediendo en favor de los que, ignorándote, no conocen la alegría de amarte y de ser perdonados por ti.

Oremos diciendo: *Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero*

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero
 Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero
 Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero
 Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero
 Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

11. EL GRITO DE ABANDONO DE JESÚS EN LA CRUZ

Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, las tinieblas cubrieron toda la región. Hacia las tres de la tarde, Jesús exclamó en alta voz: "Elí, Elí, lemá sabactani", que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,45-46).

Jesús, he aquí una oración sin precedentes: clamamos al Padre tu abandono. Tú, Dios del cielo, que no replicas estruendosamente ninguna respuesta, sino que preguntas *¿por qué?* En el ápice de la Pasión experimentas el alejamiento del Padre y ya ni siquiera le llamas Padre, como haces siempre, sino Dios, como si fueras incapaz de identificar su rostro. ¿Por qué? Para sumergirte hasta el fondo del abismo de nuestro dolor. Tú lo hiciste por mí, para que cuando sólo vea tinieblas, cuando experimente el derrumbamiento de las certezas y el naufragio del vivir, ya no me sienta solo, sino que crea que tú estás ahí conmigo; tú, Dios de la comunión, experimentaste el abandono para no dejarme más como rehén de la soledad. Cuando gritaste

En los niños no nacidos y en aquellos abandonados
 En tantos jóvenes, en espera de que alguien oiga su grito de dolor
 En los numerosos ancianos descartados
 En los prisioneros y en quien se encuentra solo
 En los pueblos más explotados y olvidados

tu *por qué*, lo hiciste con un salmo; así convertiste en oración incluso la desolación más extrema. Esto es lo que hay que hacer en las tormentas de la vida; en vez de callar y aguantar, clamar a ti. Gloria a ti, Señor Jesús, porque no has huido de mi desolación, sino que la has habitado hasta lo más profundo. Alabanza y gloria a ti que, cargando sobre ti toda lejanía, te has hecho cercano a los más alejados de ti. Y yo, en las tinieblas de mis porqués, te encuentro a ti, Jesús, luz en la noche. Y en el grito de tantas personas solas y excluidas, oprimidas y abandonadas, te veo a ti, Dios mío: haz que te reconozca y te ame.

Oremos diciendo: *Haz, Jesús, que te reconozca y te ame*

Haz, Jesús, que te reconozca y te ame
 Haz, Jesús, que te reconozca y te ame
 Haz, Jesús, que te reconozca y te ame
 Haz, Jesús, que te reconozca y te ame
 Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

12. JESÚS MUERE ENCOMENDÁNDOSE AL PADRE Y CONCEDIÉNDOLE EL PARAÍSO AL BUEN LADRÓN

[Uno de los malhechores crucificados] decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino". Él le respondió: "Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso" [...]. Jesús, con un grito, exclamó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Y diciendo esto, expiró (Lc 23,42-43.46).

Jesús, ¡un malhechor va al Paraíso! Él se encomienda a ti y tú lo encomiendas contigo al Padre. Dios de lo imposible, que haces santo a un ladrón. Y no sólo eso: en el Calvario cambias el curso de la historia. Conviertes la cruz, que es emblema del tormento, en icono del amor; cambias el muro de la muerte en puente hacia la vida. Transformas la oscuridad en luz, la separación en comunión, el dolor en danza e incluso el sepulcro —última estación de la vida— en punto de partida de la esperanza. Pero estas transformaciones las realizas con nosotros, nunca sin nosotros. *Jesús, acuérdate de mí*: esta oración sincera te permitió obrar maravillas en la vida de aquel malhechor. Qué poder inaudito el de la oración. A veces pienso que mi oración no es escuchada, mientras que lo esencial es perseverar, tener constancia, acordarme de decirte: "Jesús, acuérdate de mí". Acuérdate de mí y mi mal ya no será un final, sino un nuevo inicio. Acuérdate, vuelve a ponerme en tu corazón, incluso cuando me aleje, cuando me pierda en la rueda de la vida que gira vertiginosamente. Acuérdate de mí, Jesús, porque ser recordado por ti —lo demuestra el buen ladrón— es entrar en el Paraíso. Sobre todo, recuérdame, Jesús, que mi oración puede cambiar la historia.

Oremos diciendo: *Jesús, acuérdate de mí*

Quando la esperanza desaparece y reina la desilusión
 Quando no soy capaz de tomar una decisión
 Quando pierdo la confianza en mí o en los demás
 Quando pierdo de vista la grandeza de tu amor
 Quando creo que mi oración resulta inútil

Jesús, acuérdate de mí
 Jesús, acuérdate de mí
 Jesús, acuérdate de mí
 Jesús, acuérdate de mí
 Jesús, acuérdate de mí



13. JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y ENTREGADO A MARÍA

Simeón [...] dijo a María, la madre: "Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón" (Lc 2,33-35).

María, después de tu "sí" el Verbo se hizo carne en tu seno; ahora yace en tu regazo su carne torturada. Aquel niño que tuviste en tus brazos ahora es un cadáver destrozado. Sin embargo, ahora, en el momento más doloroso, resplandece la ofrenda de ti misma: una espada atraviesa tu alma y tu oración sigue siendo un "sí" a Dios. María, nosotros somos pobres de "sies", pero ricos del "sí": si yo hubiera tenido mejores padres, si me hubieran comprendido y amado más, si mi carrera hubiera ido mejor, si no hubiera tenido aquel problema, si tan sólo no sufriera más, si

Dios me escuchara... Preguntándonos siempre el porqué de las cosas, nos cuesta vivir el presente con amor. Tú tendrías tantos "sí" que decirle a Dios, en cambio, sigues diciendo "sí", se cumpla en mí. Fuerte en la fe, crees que el dolor, atravesado por el amor, da frutos de salvación; que el sufrimiento acompañado por Dios no tiene la última palabra. Y mientras sostienes en tus brazos a Jesús sin vida, resuenan en ti las últimas palabras que te dirigió: *He aquí a tu hijo*. Madre, ¡yo soy ese hijo! Recíbeme en tus brazos e inclínate sobre mis heridas. Ayúdame a decirle "sí" a Dios, "sí" al amor. Madre de misericordia, vivimos en un tiempo despiadado y necesitamos compasión: tú, tierna y fuerte, úngenos con mansedumbre; deshaz las resistencias del corazón y los nudos del alma.

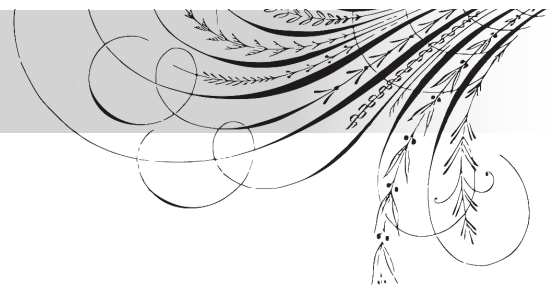
Oremos diciendo: *Tómame de la mano, María*

Cuando cedo a la recriminación y al victimismo	Tómame de la mano, María
Cuando dejo de luchar y acepto convivir con mis falsedades	Tómame de la mano, María
Cuando titubeo y no tengo el valor de decirle "sí" a Dios	Tómame de la mano, María
Cuando soy indulgente conmigo mismo e inflexible con los demás	Tómame de la mano, María
Cuando quiero que la Iglesia y el mundo cambien, pero yo no cambio	Tómame de la mano, María

14. JESÚS ES DEPOSITADO EN EL SEPULCRO DE JOSÉ DE ARIMATEA

Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús, y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. [...] José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro nuevo que se había hecho cavar en la roca (Mt 27,57-60).

José, ese es el nombre que, junto con el de María, marcan la aurora de la Navidad y marcan también la aurora de la Pascua. José de Nazaret advertido en sueños se llevó audazmente a Jesús para salvarlo de Herodes; tú, José de Arimatea, te llevas su cuerpo, sin saber que un sueño imposible y maravilloso se hará realidad allí mismo, en el sepulcro que le diste a Cristo cuando pensabas que él ya no podía hacer nada más por ti. En cambio, es verdad que todo don hecho a Dios es recompensado siempre por él. José de Arimatea, eres el profeta del valor intrépido. Para entregarle tu regalo a un muerto acudes al temido Pilato y le ruegas que te permita darle a Jesús la tumba que habías mandado a construir para ti. Tu oración es persistente y a las



palabras siguen los hechos. José, recuérdanos que la oración perseverante da fruto y atraviesa incluso las tinieblas de la muerte; que el amor no se queda sin respuesta, sino que regala nuevos comienzos. Tu sepulcro, que —único en la historia— será fuente de vida, era nuevo, recién labrado en la roca. Y yo, ¿qué cosa nueva le doy a Jesús en esta Pascua? ¿Un poco de tiempo para estar con Él? ¿Un poco de amor a los demás? ¿Mis miedos y miserias enterradas, que Cristo está esperando que le ofrezca, como tú, José, hiciste con el sepulcro? Será verdaderamente Pascua si doy algo de lo mío a Aquel que dio la vida por mí; porque es dando como se recibe; y porque la vida se encuentra cuando se pierde y se posee cuando se da.

Oremos diciendo: *Señor, ten piedad*

De mí, negligente para convertirme	Señor, ten piedad
De mí, que me gusta recibir mucho, pero dar poco	Señor, ten piedad
De mí, incapaz de rendirme a tu amor	Señor, ten piedad
De nosotros, rápidos para servirnos de las cosas, pero lentos para el servicio a los demás	Señor, ten piedad

INVOCACIÓN CONCLUSIVA (EL NOMBRE DE JESÚS, 14 VECES)

Señor, te rogamos como los necesitados, los frágiles y los enfermos del Evangelio, que te suplicaban con la palabra más sencilla y familiar: pronunciando tu nombre.

Jesús, tu nombre salva, porque tú eres nuestra salvación.

Jesús, tú eres mi vida y para no perderme en el camino te necesito a ti, que perdonas y levantas, que sanas mi corazón y das sentido a mi dolor.

Jesús, tú tomaste sobre ti mi maldad, y desde la cruz no me señalas con el dedo, sino que me abrazas; tú, manso y humilde de corazón, sáname de la amargura y del resentimiento, librame del prejuicio y de la desconfianza.

Jesús, te contemplo en la cruz y veo que se despliega ante mis ojos el amor, que da sentido a mi ser y es meta de mi camino. Ayúdame a amar y a perdonar, a vencer la intolerancia y la indiferencia, a no quejarme.

Jesús, en la cruz tienes sed, es sed de mi amor y de mi oración; los necesitas para llevar a cabo tus planes de bien y de paz.

Jesús, te doy gracias por los que responden a tu invitación y tienen la perseverancia de rezar, la valentía de creer y la constancia para seguir adelante a pesar de las dificultades.

Jesús, te encomiendo a los pastores de tu pueblo santo: su oración sostiene el rebaño; que encuentren tiempo para estar ante ti y que asemejen su corazón al tuyo.

Jesús, te bendigo por las contemplativas y los contemplativos, cuya oración, oculta al mundo, es agradable a ti. Protege a la Iglesia y a la humanidad.

Jesús, traigo ante ti las familias y las personas que han rezado esta noche desde sus casas; a los ancianos, especialmente a los que están solos; a los enfermos, gemas de la Iglesia que unen sus sufrimientos a los tuyos.

Jesús, que esta oración de intercesión abrace a los hermanos y hermanas de tantas partes del mundo que sufren persecución a causa de tu nombre; a los que padecen la tragedia de la guerra y a los que, sacando fuerzas de ti, cargan con pesadas cruces.



Jesús, por tu cruz has hecho de todos nosotros una sola cosa: reúne en comunión a los creyentes, infúndenos sentimientos fraternos y pacientes, ayúdanos a cooperar y a caminar juntos; mantén a la Iglesia y al mundo en la paz.

Jesús, juez santo que me llamarás por mi nombre, librame de juicios temerarios, chismes y palabras violentas y ofensivas.

Jesús, que antes de morir dijiste “todo se ha cumplido”. Yo, en mi miseria, no podré decirlo nunca. Pero confío en ti, porque eres mi esperanza, la esperanza de la Iglesia y del mundo.

Jesús, una palabra más quiero decirte y seguir repitiéndote: ¡Gracias! Gracias, Señor mío y Dios mío.



EL JESUITA JUAN LEUNIS, FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN MARIANA

El 3 de mayo de 1556 **JUAN LEUNIS** se presentaba a san Ignacio. Venía a pie desde Bélgica. Su aspecto exterior mostraba las señales del viaje. Su equipaje contenía -conocemos el inventario exacto- "un traje de tela blanca gruesa, todavía nuevo, una camisa vieja, un sombrero de fieltro negro muy usado, un par de zapatos de cuero y un *Oficio Parvo de la Virgen*". Eso era todo.

Se trataba de un joven de unos veinte años, hijo de un notario de los alrededores de Lieja. Había estudiado Humanidades, al parecer sin mucho éxito. Poco dotado para los estudios y con frecuentes dolores de cabeza, deja en manos de los superiores el decidir, después de una prueba, si va a ser un padre o un hermano. Por su parte él se declara "indiferente".

San Ignacio toma a su cuidado el examinarle, y tal vez con más benignidad y clarividencia que otros hubiesen tenido en su lugar, le confía a su secretario Juan de Polanco. Después de un corto período de iniciación para conocerse mutuamente, fue admitido como novicio el 18 de junio. Seis semanas después, el 31 de julio de 1556, Ignacio de Loyola abandonaba este mundo.

Los cuatro primeros años de vida religiosa fueron para Juan Leunis bastante agitados. Es destinado a los estudios y al sacerdocio, pero las condiciones materiales, los frecuentes dolores de cabeza, su poco más que mediana aptitud para los estudios, fueron realmente poco favorables. A pesar de todo, el sucesor de san Ignacio, el P. Laínez, se interesa por él y piensa en poderle mandar a Bélgica o a las Indias, como él mismo lo había pedido. Sigue de cerca su formación. Tentativas y ensayos en Perusa, en Montepulciano, todos poco satisfactorios. Mientras tanto el rector de Montepulciano va a emprender un largo viaje. Juan Leunis le servirá de compañero y seguirá estudiando en particular lo mejor que pueda. Los vemos recorrer juntos Italia y Saboya. En Annecy se separan y mientras el rector se detiene, su compañero parte solo para París. Allí, donde están muy contentos con él, le quieren retener, pero le llaman de Roma y en 1560 le encargan de una clase de pequeños en el Colegio Romano. ¿Cómo en tan poco tiempo en París y en los demás sitios ha podido atender a su formación filosófica y teológica? Resulta difícil explicárselo.

Sin que nadie, ni él menos que nadie, lo pensase, sus viajes le han puesto en relación con la mayoría de los que se ocupan de las congregaciones prehistóricas, y ha tenido ocasión de ver de cerca muchas de ellas. ¿Qué impresión ha recogido? No es fácil decirlo sin hacer conjeturas. Él se entrega de todo corazón a su clase, sin preocuparse de otra cosa. Al tercer año es ordenado sacerdote. Permanece dedicado a la enseñanza. No se piensa en él para las Indias o Bélgica, y si había soñado fundar o dirigir, por lo menos, alguna congregación de las que ha tenido la suerte de conocer, por ahora debe renunciar a esos sueños.



LA PRIMERA CONGREGACIÓN MARIANA

Pero, ¿por qué no probar algo parecido entre los alumnos, a una escala mucho más reducida? Así lo hace. La tentativa es modesta pero tan interesante que llama la atención del rector, y el secretario general de la Compañía la menciona en su carta circular anual a todas las casas de la orden.

Apenas la congregación empieza a funcionar en la clase, que entonces se llamaba la "infimetta", despierta en los mayores, deseos de que se les admita también a ellos.

La relación nos dice que:

"Entre los alumnos externos de las seis clases de Retórica y de las otras inferiores, algunos de los mejores por su piedad y devoción han adoptado un modo de vida cristiana de gran ejemplaridad y muy útil para ellos mismos. Consiste en quedarse los externos después de marcharse los demás, en una de las clases donde se ha puesto un altar. Allí hacen un rato de oración y lectura. Los domingos y días de fiesta cantan el *oficio parvo*".

Entusiasmado, el joven profesor da más vigor a su congregación, colocada en adelante bajo el título de la Santísima Virgen, le da reglas de vida espiritual calcadas en las que san Ignacio, Pedro Fabro, Broet, Laínez y los demás redactaban para sus grupos de hombres. Confesión y comunión frecuente para aquella época, reuniones en la capilla que se les ha dado dentro del colegio, meditación, conversación fraternal en la que cada uno expone con sencillez lo que ha hecho durante el día y lo que planea para el día siguiente, visitas a santuarios, trabajos con los pobres.

FUNDADOR TAMBIÉN DE LA DE PARÍS

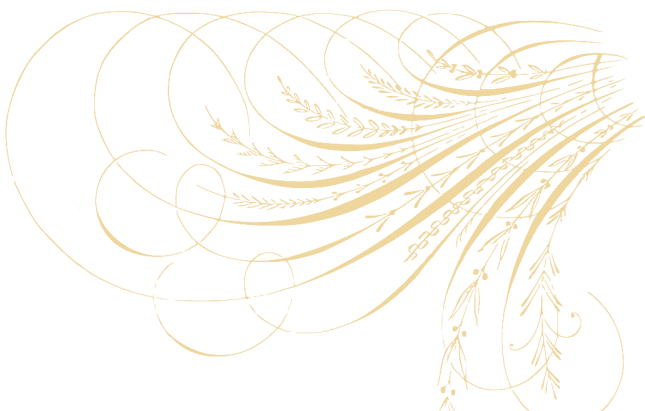
Ha nacido ya la congregación mariana. La congregación del Colegio Romano que será un día la *Primaria*, la célebre *Prima Primaria*.

Todavía es bien poca cosa, acaba de empezar. Va a crecer y desarrollarse de una manera increíble, pero en otras manos. Leunis conocerá estos progresos, oirá hablar de ella porque se hará célebre, pero no volverá a verla: en el primer semestre de 1564, apenas unos meses después de ponerla en marcha, abandona Roma y vuelve a emprender su vida errante. Se le envía a Perusa. Apenas llegado, le reclaman insistentemente de París. Va, pero permanece allí poco tiempo, lo bastante para comenzar una congregación que será también ilustre entre todas, la de París, del colegio de Clermont, el futuro colegio de Luis el Grande. Por orden de san Francisco de Borja, entonces general de la Compañía, marcha a Billon y allí funda otra "como las que había fundado en Roma y París". No es más que un alto en el camino. Recibe el encargo de una misión delicada en Aviñón. Apenas lo ha realizado con satisfacción de todos, por expresa petición del obispo de Fermo, capellán general de las tropas pontificias, es nombrado capellán de los soldados italianos enviados por san Pío V en socorro del rey de Francia. Esto le lleva a permanecer en Lyon. ¿Fue él quien fundó allí la congregación? Es muy probable pero no tenemos pruebas. Ciertamente él se encuentra allí poco antes.

Cambio de escenario. Lyon reclama su salida. París se opone a su vuelta. Roma, sin atender a estas oposiciones, le confiere el encargo expreso de continuar promoviendo cada vez más la congregación del colegio de Clermont.

Buenas razones como la de su escasa salud, pretextos vagos como los defectos que no le hacen simpático en un sitio, y cualidades que le harían más útil en otros, proporcionan ocasiones buscadas con empeño para alejarle. La autoridad suprema atiende a su salud con gran solicitud, pero exige que vuelva. Y de este modo comienzan las idas y venidas de Roma a París.

Lo más notable es que, en cada estancia de Leunis, la congregación recupera vida y vigor según el testimonio de los mismos que le alejan.



PRIMEROS ATAQUES A LAS CONGREGACIONES

Un incidente nos permite esclarecer un poco el misterio. La Sorbona organizó por esta época una campaña contra los doctores jesuitas y, sobre todo, contra el más famoso: Maldonado. Le acusaba de oposición a la doctrina de la Inmaculada Concepción. La Sorbona, defensora de la Santísima Virgen, contra la Compañía de Jesús: era un poco extraño. El P. Provincial, Claudio Mathieu, dice escribiendo al romano pontífice Gregorio XIII:

Si es la piedad quien les inspira, ¿por qué el doctor Pelletier, autor y promotor de todas las quejas, lanza tantas invectivas en sus conversaciones privadas y en discursos públicos contra la congregación de la Santísima Virgen que la Santa Sede ha aprobado y que hace tanto bien entre nosotros?

La influencia intelectual y espiritual de la naciente Compañía hacía sombra a la gran Universidad. Hubieran podido surgir inconvenientes. Parecía preferible, si no suprimir la congregación, por lo menos vigilarla y moderar sus entusiasmos. La prudencia y la fortaleza son virtudes cardinales. Desde Roma insistían en la segunda; desde París en la primera. Como buenos religiosos, los superiores sostuvieron la congregación. Los frutos fueron magníficos.

DIRECTOR EN TURÍN. SU MUERTE

En el colegio de Clermont, lo mismo que poco antes en el Colegio Romano, el fundador no estará allí para verlos. No probó más que su sabor amargo cuando estaban verdes. Sin fuerzas, agotado por sufrimientos físicos y morales que su temperamento natural no tenía capacidad para soportar con facilidad, Leunis había abandonado definitivamente París por Turín. Tiene cuarenta y cinco años. Vivirá aún cuatro más. No serán años ociosos. Misiona en los valles del Piamonte, donde el P. General le ha enviado, provisto de amplios poderes del romano pontífice para combatir la invasión calvinista y valdense. Dirige en Turín una o varias congregaciones muy florecientes de hombres y jóvenes, entre los que se encuentra Pedro Coton -el P. Coton de Enrique IV-; se prodiga hasta el último aliento en los hospitales al servicio de los enfermos pobres, sobre todo de los más repugnantes por sus miserias. Así termina su vida, cansado, entre dolores, el 19 de noviembre de 1584.

Dieciséis días después, el 5 de diciembre, la bula *Omnipotentis Dei* de Gregorio XIII, erige como *Primaria* su congregación del Colegio Romano y la proclama "madre y modelo de todas las congregaciones del mundo". El fundador, desde el cielo, asiste al triunfo de su obra.



NECROLÓGICA DEL P. J. LEUNIS EN LAS CARTAS ANUAS DE LA PROVINCIA DE MILÁN [MILÁN, MEDIADOS DE 1585]

...Al tercero le tocó la mejor suerte de pasar a mejor vida después de 17 días de fiebre terciana doble, habiendo recibido antes la gracia de todos los santos sacramentos.

Este fue el P. Juan Leunis, de Lieja, recibido en la Compañía por la santa memoria del B. P. Ignacio, vivió en ella 34 años en varias provincias, con gran esfuerzo al servicio de Dios y ayuda al prójimo. Debido a esto, fue tenido en alta estima y amado profundamente por todos, por lo que su muerte ha incrementado aún más su fama en esta ciudad.

El padre este año (1584) había hecho la profesión de los tres votos el segundo día de Pentecostés de manos del P. Provincial con muchas lágrimas y edificación de los presentes, habiéndose preparado primero para ello

con un largo retiro de ejercicios espirituales, en los que el Señor le comunicó grandes sentimientos y deseos de servir. Finalmente, pasó algunos días mendigando por la ciudad junto con otros sacerdotes de los nuestros, para provecho no pequeño de los encarcelados, por aquellas buenas limosnas, y lo que es más importante, con muy buen testimonio de nuestro Instituto tanto ante los nobles como los plebeyos, quienes, a pesar de estar en contra, muchos quedaron profundamente edificados y llenos de asombro.

El cuerpo del padre fue sepultado con gran concurrencia de personas espirituales en la nueva sepultura de la nueva iglesia, siendo el primero de los nuestros en esta ciudad que ha tenido la gracia de ser enterrado en nuestra casa.



CONGREGACIÓN MARIANA DE LA INMACULADA, EN TALAVERA DE LA REINA

Llegó a Talavera de la Reina de la mano de las monjas de la Compañía de María de Tudela (Navarra) y del beato Ciriaco María Sancha y Hervás, arzobispo de Toledo. No hacía un mes de la llegada de las monjas de la Orden de Nuestra Señora a la ciudad, el 22 de noviembre de 1899, cuando solicitaron al cardenal Sancha la aprobación de la congregación mariana, que fue conseguida el 16 de diciembre de 1899 de ese mismo año.

La Madre Gabriela Díez (1938-2020), finalizando la década de los 70, del siglo pasado, restauró entre las alumnas mayores la Congregación Mariana, impulsó la práctica de los ejercicios espirituales y dirigió los

campamentos, todo con la ayuda y la asistencia espiritual del padre Bidagor, S.J. (1924-2001).

Junto a la Congregación Mariana de la Inmaculada y Santa Juana (alumnas del Colegio y universitarias), está también la Congregación Mariana de la Inmaculada y San José (matrimonios y adultos) y los Montañeros de la Inmaculada y San Francisco Javier.

Las tres secciones de esta Congregación en Talavera son la Congregación Mariana de la Inmaculada y Santa Juana de Lestonnac (alumnas del Colegio y universitarias), la Congregación Mariana de la Inmaculada y San José (matrimonios y adultos) y los Montañeros de la Inmaculada y San Francisco Javier.





CONGREGACIÓN MARIANA DE LA INMACULADA, EN VALDEMORO



La CONGREGACIÓN MARIANA DE LA INMACULADA comenzó en Valdemoro (Madrid, diócesis de Getafe) poco después de que las monjas de la Orden de Nuestra Señora, procedentes de la Casa de Talavera, fundaran en esta localidad madrileña, en 2003, un nuevo convento-colegio.

El 7 de febrero de 2004 empezaron las actividades de Congregación con las niñas (sección de santa Juana de Lestonnac) y el 23 de octubre con adultos (sección de san José).

Las primeras consagraciones a la Virgen fueron en 2011. Y el 16 de octubre de 2017 la Congregación fue aprobada en la diócesis de Getafe como Asociación Privada de Fieles, con sus estatutos.

La Regla de vida ofrece a sus congregantes los medios necesarios para alcanzar los fines que las Congregaciones Marianas desde su fundación en 1563 establecieron: santidad personal, apostolado y defensa de la Iglesia.

Nuestras fiestas son los días de la Inmaculada y san José.



CONGREGACIÓN MARIANA DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y SAN PEDRO CANISIO, EN VALENCIA.

La Providencia dispuso que un congregante coherente con su compromiso, Enrique Amigó, recalase en Valencia y se empeñase en fundar; la Providencia hizo que se encontrase con una antigua congregante vallisoletana, recriada en Toledo, a la sombra de D. Marcelo, y residiada en Valencia (M^a Carmen González) que, por entonces reunía en su casa (en la puerta 34 del número 5 de C/ Purísima -otra vez la Providencia...-) a un grupo de una docena de universitarios recientes a quienes preparaba los domingos por la mañana para dar catequesis a niños. Junto con ella, la Providencia tenía “preparado” a un jesuita sabio y santo, el querido P. Blanco, y fue gracias a la Providencia que, andados unos meses, un grupo de jóvenes (entonces lo éramos... ¡aunque los “Berchmans” y demás “montañeros” no puedan creerlo!...) comenzaron a recibir a manos llenas de la Virgen por medio de la consagración personal a Ella en una Congregación que comenzó a dar sus primeros pasos en 1984.

Fue necesario que Enrique arrastrase a dos de aquel grupo inicial a unas convivencias con la Congregación de la Asunción y San Juan Berchmans en San Lorenzo del Escorial. Al regreso, esos dos acompañantes solicitaron, en la Casa de Ejercicios de La Purísima (una vez más la Providencia), ser admitidos como postulantes en la Congregación, que se formó como una especie de “sección” de la de Madrid y, andando el tiempo, el 10 de mayo de 1987, hicieron su consagración en Madrid (por cierto: los dos primeros congregantes de la recién fundada Congregación de la Asunción y San Pedro Canisio de Madrid).

El primer Consiliario fue el Rvdo. P. Vicente María Blanco, SJ, que lo fue hasta su nacimiento para la Vida el 17 abril de 2011, tiempo en el que organizamos retiros mensuales, reuniones de equipo, video fórums y charlas de formación también mensuales y tandas de ejercicios espirituales anuales y en el que la Congregación alcanzó el nivel más alto de expansión. Las primeras actividades apostólicas empezaron ayudando los domingos por la tarde en una Residencia de Ancianos y con catequesis de Primera Comunión; rezo de laudes y Misa (nuestras “Audiencias Privadas”) los sábados a las 07:30 o los “Martes por la Paz” en el Convento de los Ángeles; a medida que nos íbamos haciendo mayores, fueron “adecuándose” a nuestra edad, desde cate-





quesis de Confirmación, pasando por escuelas de padres y, últimamente, incluso, escuelas de abuelos.

El segundo consiliario fue el también jesuita Rvdo. P. Gabriel Mangada Capdepón, compañero del primero; lo fue hasta que marchó a la casa del Padre el 3 de marzo de 2015. Desde ese momento, fuimos acogidos por el párroco de la Real Parroquia de San Martín Obispo y San Antonio Abad, Rvdo. don Mariano Trencó Albiach, hoy, además de canónigo de la S.I. Catedral de Valencia, ya

tercer consiliario de la Congregación, actualmente constituida como asociación pública de fieles de la Archidiócesis de Valencia, aprobada por S.E.R. el Cardenal don Antonio Cañizares Llovera por decreto de 2 de diciembre de 2015, elevado a público el 8 de septiembre (fiesta de la Natividad de la Virgen, como, providencialmente, reza en la escritura) de 2016 e inscrita con el nº 023309 en la Sección Especial del Registro de Entidades Religiosas del Ministerio de Justicia.

CONGREGACIÓN MARIANA DE LA ASUNCIÓN Y SAN FRUCTUOSO, EN MADRID

La Congregación Mariana de la Asunción de Ntra. Sra. y de San Fructuoso, fundada originalmente en diciembre de 1934 como Hermandad (la Compañía de Jesús había sido expulsada de España) de San Fructuoso, de ingenieros del ICAI, es una asociación religiosa de fieles erigida, conforme al Derecho Canónico, en **enero de 1944**, por la Compañía de Jesús bajo el patrocinio de la Asunción de Nuestra Señora, y de San Fructuoso. Después de 10 años como Hermandad, pasó a ser Congregación Mariana en 1934, y posteriormente se convirtió en los años 60 en Congregación Mariana de matrimonios. El 25 de mayo de 2010 recibió la aprobación del Arzobispado de Madrid como una Asociación Pública de Fieles con personalidad Jurídica Pública, al amparo del Derecho Canónico vigente.

Para poder recibir los privilegios e indulgencias concedidas a las CC.MM. agregadas a la Prima Primaria, se hizo depender jurídica

y canónicamente de la Congregación de San Fructuoso la **Congregación de la Asunción de Nuestra Señora y San Juan Berchmans** compuesta por jóvenes estudiantes universitarios y la **Congregación de la Asunción de Nuestra Señora y San Pedro Canisio** compuesta por profesionales solteros, fundadas en los años 80. Las tres CC.MM. son denominadas indistintamente como “Congregaciones Marianas de la Asunción” o “Congregación Mariana de la Asunción”. La figura más eminente de la Congregación de la Asunción ha sido el P. Jorge de la Cueva, SJ, quien fue su Consiliario durante 40 años (1964-2004) y Consiliario Emérito otros 14 años (2004-2018). Su presencia ha marcado el carácter de generaciones de congregantes y determinado la esencia de la Congregación de la Asunción como movimiento familiar, tal y como hoy la conocemos.





CONGREGACIÓN MARIANA MATER SALVATORIS, EN LÉRIDA

El Colegio Mater Salvatoris de Lérida es una sólida institución educativa con más de sesenta años de experiencia. La pedagogía y el estilo educativo propio de las religiosas de la Compañía del Salvador contribuyeron a cimentar los pilares de un centro educativo que aunaba al mismo tiempo tradición, apertura y excelencia académica. En 1948 un grupo de padres de familia pidieron a

las Madres María Félix y Carmen Aige abrir un colegio donde pudieran formarse sus hijas. Ese deseo se hizo realidad el curso 1948-49, cuando el nuevo colegio abrió sus puertas. La CONGREGACIÓN MARIANA, aunque ha estado presente desde la fundación del Colegio ha sido oficialmente establecida muy recientemente, en 2022, por monseñor Giménez Valls, obispo de Lérida.



CONGREGACIÓN MARIANA DE LA INMACULADA, SAN FRANCISCO JAVIER Y SAN JUAN PABLO II, EN MADRID

La CONGREGACIÓN MARIANA DE LA INMACULADA, SAN FRANCISCO JAVIER Y SAN JUAN PABLO II es una asociación privada de fieles, hombres y mujeres que aspiran en su interior a convertirse en testigos de la luz del Evangelio, constituida en la archidiócesis de Madrid, al amparo de lo establecido en el Código de Derecho Canónico. Tiene como finalidad principal formar católicos íntegros, que busquen siempre la mayor gloria de Dios y de su santísima Madre, y la salvación de las almas.

Fomenta en sus miembros una ardiente devoción, reverencia y amor filiar a la Virgen María, para aprender, por medio de Ella, a imitar a Jesucristo y conformarse

amorosamente con su voluntad, como verdadero camino para llegar a la santidad.

La santidad del congregante consiste en responder fielmente a aquella vocación universal recibida en el bautismo, y en vivir la plenitud de la vida cristiana y la perfección en el amor, a imitación de la santísima Virgen.

El congregante cumple su compromiso de servicio a la Iglesia siendo ejemplar cristiano y ajustando perfectamente sus creencias y su conducta a la fe y moral que la santa Iglesia enseña.

Los congregantes participan en reuniones semanales que se organizan en matrimonios, universitarios y jóvenes profesionales.





CONGREGACION MARIANA PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA, EN MADRID

La CONGREGACION MARIANA PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA actual es una refundación de la Congregación de Hijas de María de San José de Cluny aprobada por la diócesis entonces de Madrid-Alcalá en 1956. Posteriormente, en 1962, la Congregación fue agregada a la Prima Primaria con el nombre de Congregación Mariana Purísimo Corazón de María.

A finales de los 80, la Madre Inés Otero reavivó la Congregación con un grupo de alumnas del colegio de San

José de Cluny en Pozuelo de Alarcón bajo la dirección del P. Manuel Iglesias, S.J., con la consagración de 6 chicas en 1988; a lo que siguió la aprobación de la Diócesis de Madrid de sus nuevos Estatutos como Asociación Privada de Fieles. En la foto bajo estas líneas, aparece el padre Manuel Iglesias, S.J., en la consagración de la Congregación Mariana al Corazón de Jesús en 2019 en la Basílica de la Gran Promesa en Valladolid.



CONGREGACIÓN MARIANA DE SANTA MARIA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN DE ÁVILA, EN MÓSTOLES



La CONGREGACIÓN MARIANA de SANTA MARIA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN DE ÁVILA es una asociación privada de fieles, hombres y mujeres que aspiran en su interior a convertirse en testigos de la luz del Evangelio, constituida en la parroquia de San Juan de Ávila de MÓSTOLES, en la diócesis de Getafe, al amparo de lo establecido en el Código de Derecho Canónico.

Tiene como finalidad principal formar católicos íntegros, que busquen siempre la mayor gloria de Dios y de su santísima Madre, y la salvación de las almas.

Fomenta en sus miembros una ardiente devoción, reverencia y amor filiar a la Virgen María, para aprender, por medio de Ella, a imitar a Jesucristo y conformarse

amorosamente con su voluntad, como verdadero camino para llegar a la santidad.

La santidad del congregante consiste en responder fielmente a aquella vocación universal recibida en el bautismo, y en vivir la plenitud de la vida cristiana y la perfección en el amor, a imitación de la santísima Virgen.

El congregante cumple su compromiso de servicio a la Iglesia siendo ejemplar cristiano y ajustando perfectamente sus creencias y su conducta a la fe y moral que la santa Iglesia enseña.

Los congregantes participan en reuniones semanales que se organizan en los diferentes grupos de adultos, de jóvenes universitarios y de jóvenes profesionales.





**“¡NUNCA SE HONRA
TANTO A JESUCRISTO
COMO CUANDO SE HONRA
A LA SANTÍSIMA VIRGEN!
EFECTIVAMENTE, SI SE LA
HONRA, ES PARA HONRAR
MÁS PERFECTAMENTE
A JESUCRISTO”**

SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT

*Madre Inmaculada,
Concédeme la gracia
de ser apóstol entregado,
sin miedo
a romperme el alma
por Cristo
y la fidelidad alegre
de quien está siempre
unido a Jesús.*

*Con todo afecto,
Fr. R. Bilagoray.*



**“LA GRANDEZA DE MARÍA
RESIDE EN SU HUMILDAD.
JESÚS, QUIEN VIVIÓ EN
ESTRECHÍSIMO CONTACTO CON
ELLA, PARECÍA QUERER QUE
NOSOTROS APRENDIÉRAMOS
DE ÉL Y DE ELLA UNA LECCIÓN
SOLAMENTE: SER MANSOS Y
HUMILDES DE CORAZÓN”**

MADRE TERESA DE CALCUTA



LOS HERMANOS LLORENTE: SEGUNDO Y AMANDO

Si yo quisiera dar con la fórmula que hizo posible una vida tan llena y una muerte tan santa, creo que podríamos encontrarla en que el modo de ser de Segundo Llorente, su carácter, su personalidad, sintonizaban tan perfectamente con el ideal ignaciano, que el día que lo conoció dijo: "¡Esto es lo mío!" y lo vivió plenamente.

Los jesuitas, cuando queremos hablar de san Ignacio, decimos "el *magis*" ignaciano: *magis*, una palabra latina que quiere decir más. San Ignacio siempre buscaba *lo más*; no lo bueno, sino lo mejor; no la gloria de Dios, sino la mayor gloria de Dios; no "servir" a nuestro Señor, sino distinguirse en el servicio a nuestro Señor. Siempre lo más. Y Segundo nació para "lo más".

Cuando tuvo quince años le dijo a mi padre: "Yo quiero ir al seminario; quiero ser sacerdote". Casi seguro, porque el párroco del pueblo era el personaje más importante, y Segundo quería ser importante: "Para quedarme con todos los demás, y ser uno más del pueblo... Aquí, el que sobresale es el cura, el párroco... ¡Yo voy al seminario!".

Fue al seminario de la diócesis de León. Y estando en el seminario, llega un jesuita y da Ejercicios a los seminaristas. Y al hacer los Ejercicios, Segundo dice: "¿Cómo yo me voy a quedar ...? ¡Yo, jesuita!" Estando en el noviciado, pasa por allí un misionero de China y habla a los novicios: "Ustedes, ¿qué van a hacer en España? En España, el que se condena es porque le da la gana; tiene todos los medios para salvarse: tiene iglesias, tiene sacerdotes, tiene todo... Pero hay miles y millones de paganos que no han oído nunca hablar de Jesucristo...".

Esa conversación bastó para que Segundo dijera: "¡A las misiones!". Y si hay que ir a las misiones, ¿cuál es la más difícil? En aquel momento Pío XI había escrito que la misión de Alaska era la tarea más heroica en la Iglesia católica, y Alaska se le metió a Segundo en el corazón y en el alma y en la ilusión y en los ideales... y ya no era más que ¡Alaska!

Pero Alaska no le pertenecía como jesuita. Le dijo al provincial que quería ir a Alaska... "¿Alaska? ¿Dónde está



El padre Amando Llorente, SJ (1918-2010) fue el fundador de la Congregación Mariana Agrupación Católica Universitaria (ACU) una institución de estudiantes y profesionales fundada en Cuba y que tras la persecución comunista contra la Iglesia católica en la década de los 60 se trasladó a Miami donde continuó dedicándose a la formación cristiana de miles de estudiantes que pasaron por sus círculos de estudio y retiros espirituales. El Padre Llorente fue guía espiritual de numerosos estudiantes de la Universidad de La Habana y otros centros de Estudio en Cuba hasta que fue ocupada por el gobierno comunista de Fidel Castro. Durante casi 100 años, la ACU ha cumplido su misión... Formar hombres católicos profesionales como líderes para la propagación de la fe.

El padre Amando Llorente, SJ., era hermano del padre Segundo Llorente, SJ (1906-1989), famoso misionero en Alaska. Nos ha parecido bien para tener presente a nuestros hermanos de Miami en este V Encuentro de Congregaciones recoger el prólogo que el padre Amando escribió para el libro de su hermano Cuarenta años en el Círculo Polar.



eso? ¿Qué pinta usted en Alaska? Bien, está bien, ese es un fervor muy bueno, pero siga estudiando latín y griego...».

Ah, ¿sí? Carta al padre general, el famosísimo padre Ledochowski, que gobernó la Compañía de Jesús casi cuarenta años y dejó una huella imborrable como general de la Compañía: "Yo, Segundo Llorente, que tengo ahora diecinueve años y empiezo a estudiar filosofía... ¡quiero ir a Alaska!".

El padre general le contestó como el provincial: "Siga siendo buen estudiante, prepárese para ser sacerdote, y después vaya adonde los superiores le manden...".

Muy bien. Segundo dejó pasar el año. Volvieron los Ejercicios del segundo año; y san Ignacio dice en los Ejercicios que se haga elección, él volvió a la elección; y en la elección sentía: ¡Alaska!

Segunda carta al padre general: "Sigo pensando que lo mío es Alaska...". Entonces el padre general le contestó: "Ya veo que tiene vocación misionera. Pero su provincia tiene misiones en China...". Pero China... no le atraía. Esperó otro año; era el tercer año de filosofía, lo estaba haciendo en Granada, a los veintiún años. Escribe otra carta al padre general y le dice: "Sigo lo mismo; acabo de hacer Ejercicios; delante de nuestro Señor estoy seguro de que a mí Dios me llama para Alaska; por lo tanto, le suplico, padre general...".

El padre general vio una indicación de la voluntad de Dios y contestó de su puño y letra: "Con esta carta mía va otra a su provincial y otra al provincial de Oregón, que es el que manda en Alaska, para que, si su provincial lo considera correcto, y si el médico lo aprueba y ve que usted puede aguantar el clima de Alaska...".

Segundo no tenía miedo a un chequeo médico. Contaba que el médico le dijo: "Si alguien puede resistir el frío de Alaska es este boxeador"; porque Segundo era tremendamente fuerte, tremendamente vigoroso, con una salud que le duró hasta tres meses antes de morir; en cuarenta años en Alaska nunca perdió la salud.

Así, pues, a prepararse para Alaska. Por supuesto, adiós a toda la familia para siempre; de allí no había vuelta -mi hermano no vio nunca más a mis padres, ni mis padres lo conocieron como sacerdote ni pudieron oír nunca misa suya...

Ayer leía yo una carta que me escribió muchos años después diciéndome lo que le costó decir adiós a la familia. Me decía Segundo:

"Cuando pasé por casa y os vi, no os quise decir nada; pero por dentro estaba convencido de que ya no volvería a ver más los patrios lares. Recuerdo que un día mientras dormía la siesta en una habitación de arriba, oí jugar a los pequeños allá abajo y me vino un llanto muy copioso. Una vez más se me daba a escoger entre quedarme remendando redes o seguir a Jesús. Afortunadamente, *relictis retibus, secutus sum Jesum*; dejadas las redes, me fui con Jesús... Otra vez en el colegio de La Habana, al bajar con la maleta ya para ir al barco americano, que se balanceaba en la bahía, un niño del colegio, recién llegado fue detenido en la portería por donde quería escaparse para casa; y al ser detenido lloraba desconsolado llamando a su madre. Yo me estremecí todo y, sin poderlo evitar, sentí que se me llenaban los ojos de agua; estábamos los dos en semejante posición; él como niño, lamentaba la ausencia de una semana, yo crecí, divagaba sobre la ausencia de por vida."

A los veintitrés años, solito y sin saber una palabra de inglés, fue a los Estados Unidos para estudiar teología en Kansas City. Allí pasó cuatro años de estudios; y, en cuanto se ordenó de sacerdote, en 1935, a los veintiocho años, salió para Alaska.

Como para mí Segundo fue siempre una inspiración y un ideal, en 1953 sentí la necesidad de verlo y saber dónde estaba y qué hacía. Cometí la gran locura e imprudencia, de la que ahora me alegro enormemente, de sorprenderlo sin consultarle nada, en pleno mes de febrero.

Así me lancé a lo que fue una bonita epopeya. Al final de un largo y difícil viaje caí en la choza de un misionero de Alaska. Ante mi evidente asombro cuando vi aquello, me dijo:

"¿Qué le parece mi casa? Un poco pequeña le parece, ¿no?, y un poco fría... Pues esto es un palacio; ¡ya verá usted cuando vea donde vive su hermano!".

Me recibió como a un huésped, para que me quedara allí. Yo le dije: "Vengo para ver a mi hermano". Y me dice: "Ay, ya está usted en Alaska. Aquí no hay días, ni semanas, ni meses. Se acabaron las comunicaciones. Si tiene la suerte que tuvo el obispo el año pasado por esta fecha... Vino a verme y tuvo que quedarse aquí por una tormenta de nieve que duró veintinueve días; no nos morimos de hambre por milagro: yo de casualidad, tenía unos salmones congelados, y de eso fuimos comiendo... No pudimos salir de la choza ni ir a ningún lado. ¡Veintinueve días!".



Para dormir, pusimos unas pieles de oso en el suelo y nos tendimos. Él me dice: "Tenga cuidado cómo pone los pies, para que la puerta no quede impedida; porque de noche puede entrar cualquiera. Fácilmente algún esquimal, de los que andan por ahí vagando con sus trineos, puede necesitar entrar. La puerta tiene que estar siempre abierta, porque es de vida o muerte; es una regla en Alaska que nadie cierre su puerta, por si alguien necesita entrar de noche".

Ya tirado en el suelo, oigo que empiezan a ladrar los perros de una manera terrible, un viento de nieve, unos alaridos imponentes a lo lejos... "¿Eso qué es?". "Son los lobos, que tienen hambre. Los perros ladran por eso ... ". Yo había venido de La Habana, y pensaba: "¡Esto está bueno!". Pero también me decía: "Hasta que no lo vea no me vuelvo atrás; me muero, pero yo veo a mi hermano".

Al fin lo logré. En plena tundra, todo era noche (porque en febrero todo es noche en Alaska), en medio de aquel valle de nieve veo que viene mi hermano hacia mí.

Quisimos abrazarnos, pero no pudimos, porque estábamos los dos vestidos como astronautas; y nos dimos la mano con una emoción increíble. Fue un encuentro fantástico.

(Cuando yo le cogía la mano a él, poco antes de morir, me acordaba tanto de aquella primera vez que le había cogido las manos en la tundra de nieve, hecho un mocetón todavía...).

Nos tiramos en un camastro y empezamos a hablar. ¿De qué se habla en esos momentos? ¿Creen que hablamos algo de teología? ¿De la Compañía de Jesús? ¡Padre, madre, hermanos! "¿Cómo está éste? ¿Cómo está el otro?". Él no conocía a nadie: "Y éste, ¿cómo es? Y éste, ¿cómo es? ¿Qué le gusta a éste?". Después dijo: "Ahora vamos a recorrer el pueblo, casa por casa, yo te puedo decir donde vivían todos los vecinos del pueblo, y hasta el nombre de los perros de todos ellos". Íbamos así recorriendo nombres... "¡Te saltaste uno!" -decía.

Le pregunté: "Pero, Segundo, ¿qué haces tú aquí? ¿Tú quieres salvar almas? Ven para... Allí hay 15.000 almas que salvar. Oye, las almas de los cubanos valen lo mismo que las de los esquimales por lo menos, ¿no?". Y me contestó: "¿Cómo nos gusta a nosotros decir que la Iglesia es *católica*, universal, que tiene que estar en todas partes! Los esquimales también son hijos de Dios, y a mí me ha tocado el privilegio de ser su misionero. Aquí está la Iglesia católica, gracias a nosotros los misioneros".

En éstas viene el piloto que me había llevado y dice: «Yo me voy». Y Segundo: "Amando, tú verás lo que haces; si te quedas, ¿cuándo podrás salir? Nadie lo sabe. Yo cojo mi trineo y no tengo problema, pero tú, ¿cómo te vas de aquí? Esta es la oportunidad".

¡Cuatro horas! Después de haber estado cuatro días buscándolo...

Añadió: "Vamos a decir la misa por nuestros padres".

Dijimos la misa; era emocionantísimo, porque estábamos en Akulurak (A mi padre cuando murió la última palabra que se le entendió fue Akulurak, donde estaba su hijo mayor: no estaba allí con él, pero lo tenía en el corazón).

Dijimos la misa y yo tuve que coger la avioneta y marchar.

Se identificó de tal manera con los esquimales que, cuando el Estado de Alaska creció y se hizo libre, vinieron las primeras elecciones; y salió Segundo Llorente representante de Alaska, porque los esquimales lo habían elegido. Mi hermano mandó enseguida una carta diciendo que renunciaba, que no sería apropiado. Le contestaron que no renunciara, pues era la primera vez que votaban los esquimales y era darles un mal ejemplo no aceptar; que no lo mirara como un honor, sino como una manera de servir.

Cuando Alaska se hizo rica por el petróleo, no sabían qué hacer con los blancos que habían estado allí tantos años, a los que, al fin y al cabo, se les debía que aquello llegase a ser lo que era. Entonces hicieron el "Club de los fundadores de Alaska". La condición era ser blanco -que hubiera venido de fuera a trabajar en Alaska- con treinta años de servicio en Alaska, y que hubiera hecho alguna cosa importante. Elegido presidente por unanimidad: ¡el misionero Segundo Llorente!

¿Qué hizo en Alaska con los esquimales? Me dijo un padre en la universidad Gonzaga: "Yo le pregunté a su hermano una vez: "Padre Llorente, usted, ¿qué hizo cuarenta años en Alaska?". Y como se lo dije en el tono de "para qué perdió usted tanto tiempo allí", me contestó: "Estuve cuarenta años enseñando a los esquimales... a hacer la señal de la cruz. Y con eso me doy por contento".

Dios nuestro Señor lo usó, no tanto para hacer bien a los esquimales, sino para que desde allí, con el talento que Dios le dio como escritor, empezara a escribir cartas y artículos que se convertían en libros; llegó un momento en que los seminarios y los noviciados se llenaban de entusiasmo por las aventuras del misionero de Alaska. Yo he encontrado docenas y docenas de religiosas y sacerdotes que me han dicho: "Debo la vocación a los libros de su hermano". Porque, realmente, contagié esta alegría inmensa que tenía de ser sacerdote y de ser misionero; no la perdió nunca.

Llegó el ocaso. Fue rapidísimo: había tenido una salud fantástica, y tres meses antes de morir me llama:

"Amando, quiero decirte que se acabó el Segundo Llorente en este mundo y empieza el del otro. Me han dicho que tengo cáncer, y he llamado al provincial para decirle que no quiero tener ningún tratamiento, pero quiero contar con él. El provincial me aprobó la decisión, así que no voy a seguir ningún tratamiento. No se te ocurra ponerte triste, porque llevo años que no sueño más que con ir al cielo. Me han dado la noticia más feliz de mi vida, y no quiero que me quiten ni un minuto de ese cielo al que estoy seguro de ir; no puedo dudar".



Yo lo llamaba todas las semanas; y veía que cada semana la voz era más tenue, más difícil. Los jesuitas de la universidad Gonzaga lo trataron como a un rey, con las mejores atenciones que podía tener de cariño y dedicación: iban todos los días a verlo, unos le besaban la frente, todos le pedían la bendición; he visto americanos con lágrimas, diciendo: "Este gran hombre... Este hombre es un héroe y un santo".

Cuando llamé hace quince días, la enfermera me dijo que estaba muy mal; que si yo pensaba ir, la semana siguiente podía ser demasiado tarde.

Decidí ir en seguida. Lo encontré plenamente consciente, increíblemente feliz y contento. Al irle a abrazar me dijo: "No se te ocurra hacer una oración por mi salud. Olvídate de eso. Píde que sea rápido. Estoy esperando el encuentro con nuestro Señor".

Y miraba el reloj... Le pregunté a la enfermera el por qué y me respondió: "También yo se lo he preguntado, y me ha dicho: Es que estoy esperando la cita con nuestro Señor... tiene que venir ya, en cualquier momento".

Por supuesto, en esos tres días hablamos de todo; porque, al mismo tiempo que hablaba de Dios, me escribía un chiste, y contaba una broma del pueblo: "Recuerdo que una vez..." ¡y a reírnos!

Me decían las enfermeras: "No sé qué le ha traído usted, pero le ha traído la mejor medicina". ¡Le llevé a mi familia! Le hablé de todos: mis padres, mis sobrinos... Y eso es muy grande... Me quedé maravillado cuando vi entre sus papeles la fotografía de todos y cada uno de sus hermanos con toda su familia, y de todos y cada uno de sus sobrinos con toda su familia: todos los niños, en cartulinas, uno por uno. Me dijo: "Todos los días antes de decir misa las veo, para pedir por todos".

Yo tenía que regresar, pues tenía un retiro, unos Ejercicios; la muerte no se sabe nunca cuándo va a llegar... El estaba bien atendido; había que dar ejemplo, y me lo dijo: "No dejes de ir a dar los Ejercicios, ése es tu deber; yo no necesito nada; tengo a Dios y tengo todo, no te preocupes de mí nada...".

Le pedí unas letras para toda la familia. Y escribió: "*Muero contentísimo. Desde aquí al cielo, ¿qué más puedo esperar? Allí nos veremos todos. Amén. Os quiero mucho. Segundo*". Es el testamento que nos dejó a todos los hermanos y los sobrinos.

Cuando el padre superior me llamó, me contó que había muerto, rodeado de varios padres, con una sonrisa; al morir, se rejuveneció; parecía tener veinticinco años. Sonrosado, sonriente...

Su alma está en el cielo. Su cuerpo lo llevaron a un lugar precioso: no lejos de allí hay un cementerio en una reserva india dirigida por jesuitas. En ese cementerio no se pueden enterrar más que indios y sacerdotes que hayan estado por lo menos veinte años al servicio de los indios. Como él había estado cuarenta años, le pertenecía el honor de ser enterrado en ese cementerio, a unas setenta millas de Spokane, en una loma frente a las Montañas Rocosas. Lo enterraron bajo una lápida que dice, para todos los jesuitas que están enterrados allí, unos diez o doce: "*En vida y en muerte con aquellos que amamos*".

Me atrevo a decir que nos podemos encomendar a él. Estoy seguro de que tiene que tener cerca de Dios una tremenda influencia. Porque es que... no le negó nada.

Yo le había dicho: "Oye, cuando vayas al cielo, se tiene que notar en la tierra. No hagas favorcitos pequeños, sino cosas gordas: se estremece la Iglesia, se estremece la Compañía de Jesús...". Y me dijo: "Bueno, ¿y tú crees que yo voy a mandar en el cielo?". Le dije: "En el cielo mandan los amigos de Dios". Y él: "¡A eso, no quiero que me gane nadie!".



El P. Amando Llorente junto a la Virgen de la Agrupación Católica Universitaria, imagen del escultor Carbonell, réplica de la que se venera en la casa de La Habana

SAN JOSÉ, MODELO DEL TRATO CON JESUCRISTO SACERDOTE

“¿Por qué celebrar la campaña pro seminario empalmándola con la fiesta de San José?” Esta pregunta se hacía el venerable José María García Lahiguera (fundador de las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote) hace unas cuantas décadas y él mismo respondía así: “Porque el sacerdote no tiene más que esta misión tratar con Jesús. Y hace falta aprender a esto, para hacerlo con la misma delicadeza, limpieza, cariño, pureza, con la misma ternura con que san José trataba a Jesús en Nazaret”. Y esta misma repuesta podemos dar en nuestros días ya que en san José los seminaristas y sacerdotes encontramos el modelo perfecto de nuestro trato cotidiano con Jesucristo. Y esto ¿por qué?

San José es modelo de obediencia. Actitud esencial en la vida de Cristo que aprendió de san José y que nosotros debemos vivir especialísimamente. Obediente a los planes de Dios aún sin entenderlos, sin saber que sería de él siguiendo ese mandato divino, pero confiando a ciegas aun cuando debe ejercer como padre del Hijo de Dios, siendo esposo de la Virgen Santísima.

San José es modelo de oración. No podemos conocer la voluntad de Dios sobre nosotros, su querer amoroso para nuestra vida si no tratamos constantemente con Él y con absoluta confianza. Esto lo ejerció José, no solo porque de Él aprendiera el Divino Niño Jesús la oración propia de cualquier judío y las costumbres litúrgicas de su pueblo, también porque san José sin duda fue un hombre imbuido en el misterio de Dios, de ahí que fuera elegido para esta encomienda por parte de Dios.

San José es modelo pureza. Los que se preparan para la consagración sacerdotal y aquellos que ya participan del sacerdocio de Cristo por la Ordenación, deben vivir con un corazón indiviso ocupado solo de Dios y de las cosas divinas con una delicadeza y pureza exquisitas. Y esto lo aprendemos de san José que vivió en el hogar de Nazaret con un respeto reverencial por la Santísima Virgen, entregado como un verdadero esposo y padre, en cuanto al cuidado y sustento de la Sagrada Familia, pero sabiendo que era el custodio virginal de las almas más purísimas que deberían pisar la tierra a lo largo del tiempo. Y ante esto José callaba, adoraba, y rumiaba en su interior cuánta



responsabilidad tenía entre sus manos y por eso no debía dejar que su corazón fuera tras otros amores que no fueran la Virgen Santísima y el Cordero Inmaculado, *que quita el pecado del mundo*.

Pero lo más importante es que San José es para nosotros el modelo perfectísimo de trato con Dios. Es decir, que en su persona y misión entendemos que nuestra vida de entrega, de oración, de estudio, de apostolado, de servicio, de trato con las almas solo tiene razón de ser y fruto, si lo hacemos todo con Cristo, por Él y en Él, para que las almas no se queden en nosotros sino en Cristo Sacerdote. Y es que así fue la vida de san José, que no iba presumiendo de ser el padre de Dios, de tener la esposa más bella, bondadosa y purísima que se podría pensar, sino que guardaba silencio se ocultaba, rezaba y mostraba a Jesús para que todos se fijaran en Él. José dejaba al Niño Divino en los brazos de los Reyes Magos y de los pastores, para que lo adoraran y se quedarán prendados de su entrega y amor y ya está ¡desparecía!... Y a esto estamos llamados nosotros a que todos se prendan, se obsesionen con Jesucristo y después desaparecer o incluso ser olvidados a imitación de san José cuya vida estuvo escondida con Cristo en Dios.

*Alejandro López Fernández
Seminarista y congregante mariano*



KAROL WOJTYŁA

Karol Józef Wojtyła, elegido papa el 16 de octubre de 1978, nació en Wadowice (Polonia) el 18 de mayo de 1920. Fue el menor de los tres hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska, que falleció en 1929. Su hermano mayor, Edmund, médico, murió en 1932 y su padre, suboficial del ejército, en 1941.

La intimidad de Karol con la Santísima Virgen María se remontaba, según narran sus biógrafos, a sus primeros instantes de vida: en el momento del parto, el 18 de mayo de 1920, su madre pidió a la comadrona que abriese una ventana de la habitación para que los primeros sonidos que oyese el recién nacido fuesen las canciones en honor de la Virgen que, en ese preciso momento, llegaban allí



Karol Wojtyła, 15 años, Wadowice, 1935

procedentes de la parroquia cercana, donde se estaba celebrando la función vespertina del mes de mayo.

A los nueve años recibió la primera comunión y a los dieciocho el sacramento de la confirmación.

Cuando tenía quince años, en 1935, Karol fue admitido en la congregación mariana, si bien en 1933 pertenecía ya al grupo de candidatos.

Posteriormente fue elegido presidente de la congregación mariana estudiantil del Colegio de Secundaria Masculino Marcin Wadowita de Wadowice.

Encomendamos a San Juan Pablo II el V encuentro de Congregaciones Marianas.



Karol Wojtyła, el primero a la izquierda, con su padre y amigos del instituto de Wadowice



V ENCUENTRO DE CONGREGACIONES MARIANAS

*Íntegros,
firmes e
intrépidos,
como Ella*

28 DE MARZO

Desde las 19:00 para jóvenes
(a partir de 4º ESO)

29 DE MARZO

Desde las 9:30 para adultos,
jóvenes, adolescentes y niños

INSCRIPCIONES

Hasta el 1 de marzo



COLEGIO COMPAÑÍA DE MARÍA
C/ SANTO DOMINGO, 21
45600 TALAVERA DE LA REINA